El Liberal

DIARIO DE UNIÓN REPUBLICANA

Año 19. Mahón, jueves 9 Marzo 1899. N.º 5.346

SECCION POLITICA

VIDA Y MUERTE

Es hermoso el espectáculo que nos ha ofrecido Francia, esa nación hermana por vínculos de raza y de sangre, á la que nuestros legisladores han copiado no poco y á la que, no obstante los vínculos que nos unen á élla, no logramos atraer lo suficiente para que nuestra industria no se perjudique, para que nuestra producción no se arruine, para que se dispensen á España beneficios cual los que representa el tratado comercial que acaba de concertarse con Italia.

Francia, nación digna de admirar por su riqueza, por su laboriosidad, por su industriosa grandeza, es más grande y más admirable por sus condiciones de civismo, por la manera como en élla se verifica el desenvolvimiento político.

Sufrió una gran pérdida con la inesperada muerte de Félix Faure, el presidente que tanto la halagara, que resolvió con acierto todos los conflictos y que puso de relieve su talento y se captó las simpatías de la República al conseguir se acentuasen las relaciones amistosas con Rusia, y sin embargo, apenas se dió cuenta de la desgracia, con brevedad que asombra y con solemnidad y sencillez que encantan, la Asamblea Nacional se reunía en Versalles, senadores y diputados expresaban su voluntad, y la representación de la Francia, sin que el funcionamiento del Estado se alterara en lo más mínimo, elegía para sustituir al difunto y colocaba en la primera magistratura, apenas vacante, á un republicano convencido, á un hombre honrado y modesto, á Loubet.

Aquí la falta del jefe del Estado es verdad que la última vez no produjo trastornos; pero es que la patria hacía poco que disfrutaba de paz y se hallaba ya presa de la indiferencia que ha ido consumiéndola. Por regla general, desgracia semejante hubiera servido para que las ambiciones se despertaran, para que los rencores y los odios se enconasen, para que la intriga se pusiera en juego, para que la vida nacional, en fin, hubiera entrado en un período azaroso y difícil.

Francia ha dado un nuevo ejemplo de vitalidad, de próspera y sana vida política.

Nosotros, que por la provisión de cualquier puesto, más ó menos importante, ponemos de manifiesto la corrupción de los que nos gobiernan y la de los que por gobernar se agitan, en caso análogo y de igual modo que ha acurrido en ocasiones parecidas, hubiéramos evidenciado nuestra postración.

Nada significan esas manifestaciones sin importancia que la policía es bastante á dominar y que durante algunos días han recorrido las calles de París.

Es más; si se les quiere dar significación, esas manifestaciones, consecuencia de los pronunciados movimientos que se notan á menudo en la opinión pública francesa, revelan abundancia de savia, plétora de vida, existencia de una conciencia social que, á la inversa de la española, no está dormida.

El desmedido interés con que en Francia se miran asuntos como el del Panamá ó el de Dreyfus, pondrán si se quiere de cuerpo entero inmoralidades que repugnan, pero patentizan también la existencia de una opinión que participa de una manera directa de la vida pública, que vigila con empeño cuanto afecta al Estado, que cumple con creces su misión elevadísima de influir de manera adecuada en el organismo oficial.

Aquí la acción de la opinión pública, apagada, tardía y débil es casi nula.

La opinión no se conmueve sino ante la reporteril reseña de un crimen repugnante ó el escándalo oratorio, pero sin que se muestre nunca seriamente afectada por lo que atañe en lo hondo, porque interesa á la prosperidad y al buen régimen de la patria.

Las inmoralidades si se cometen, y no hay un solo español que se atreva á negarlo, sirven únicamente para que se fomente la murmuración, para que sean comentadas por lo bajo en las tertulias y en los círculos, jamás para que el país dé una muestra, siquiera sea pequeña, de su virilidad y su gallardía.

Estamos hace tiempo en letargo perpétuo, y buena prueba de ello es esa tranquilidad, que avergüenza y anonada, con que hemos recibido las catástrofes nacionales.

Los Pirineos, que no impiden que en lo superfluo nos afrancesemos, son barrera infranqueable para que aquí aprendamos de los franceses á tener más condiciones cívicas, á apreciar en lo que significa y en lo que vale la ciudadanía.

En tanto esto no ocurra, el Estado francés gozará vida próspera, mientras nosotros, admirándole y pudiendo recoger las enseñanzas que nos ofrece, seremos víctimas de la desolación y la muerte.

(El Correo de Valencia).

La gran interview

La gloria de Milciades turbaba el sueño de Temistocles. Amargaba á César el recuerdo de las hazañas que ya á los 30 años habia consumado Alejandro. Celos del oficio. Así á mí («si parva licet» etc.) traíanme á mal traer los prodigios del noticierismo «yanqui». Nadie se exime por completo de las flaquezas de su tiempo. En las venas de todo periodista, por sedensarias que sean sus aficiones, corre hoy al menos una gota de sangre de «reporter». Esos periódicos que envían un «cheque» en pago adelantado al emperador de Alemania y esperan sus revelaciones; que publican en fotografía instantánea la voladura de un polvorín y cuentan la víspera, con todos su detalles, lo que sucede al día siguiente, constituían mi constante pesadilla.

¿Cómo competir con tan milagrosa información? ¿De qué medios podría valerme yo, mísero, para emular tales portentos? ¿Interpelaría al sombrero de Mac-Kinley? ¿Intentaría destapar el cráneo de Salisbury para ver lo que tiene dentro? ¿Seguiría en sus excursiones nocturnas á D. Carlos de Borbón, aun á riesgo de verme obligado á presenciar «lo que no puede decirse?» Por dicha, hallándome sumido en tales cavilaciones, una idea surgió en mi cerebro; la cual, apenas nacida, incrustóse en él, tenaz é inextirpable como preocupación en cabeza de magistrado. Habia que subir al cielo y allí «interviewar» al Señor de todo lo creado.

¿Si lo logré? Palabra. ¿De qué suerte? Ese es mi secreto. ¡Qué más quisieras tú que penetrarlo, curiosón! Te quedas con las ganas. He prometido guardar sobre ello la reserva más impenetrable. El reposo de la mansión celeste está interesado en que la cosa no se divulgue. ¡Pues apenas serían importunidades las que lloverían sobre los santos si se llegará á averiguar el modo de hacer al cielo un viajecillo de ida y vuelta! Baste decir que por gracia de uno de los innumerables intercesores, mediadores y patronos de que está llena la corte celestial, obtuve el suspirado pase. ¡Qué regocijo! No lo experimentaría mayor Sagasta si pescara el decreto de disolución.

¿Que cómo es el cielo? Ni te lo imaginas. Es singular lo que en esto pasa. Todos nos formamos más cabal idea de los tormentos del infierno que de las dichas de la gloria. ¿Será porque la tierra, nuestra simpática vivienda, semeje más al báratro que al paraíso? Ello es así. Las más grandes imaginaciones no se eximen de la regla. La fantasía de Dante, tan fecunda é inagotable al representar los martirios de los condenados, palidece y desmaya cuando intenta expresar los deleites de los elegidos. Milton, el inspirado creador de un Satán grandioso, describe un paraíso insípido y vulgar que disgusta á Taine de la bienaventuranza. Donde esos genios fracasaron, no he de tener yo, aunque testigo presencial de tantas maravillas, pretensiones de acierto. ¡El cielo! Lo inexplicable, lo indescriptible, lo inefable. Colores para la vista, aromas para el olfato, armonías para el oído: un encanto. ¿Viste la escena final de «La Walkyria»? Pues más bonito.

¿Era para guiarme y evitar que me extraviara por los ámbitos de la mansión celeste? ¿Era para impedir que los traviesos angelitos la tomaran conmigo? ¿Era para asegurarse de mi persona y estar cierto de que no me iba a esconder detrás de alguna nube y burlar la vigilancia del guardián, cuando llegara el momento de ponerme á la puerta? No sé. El hecho es que el portero de la casa no me abandonaba un momento. Viejo, calvo, barbado, cara de vinagre, calzado de sandalias, con las llaves á la cintura: exactamente igual á como lo

pintaba mi abuela. Sólo que aquel día su crónico mal humor parecía subido de punto. Sin duda juzgaba una profanación mi presencia en tal lugar. San Pedro no ama á los «reporters.»

«Pisando arreboles» llegamos al «sancta sanctorum». Aquel era el cielo del cielo. ¿Como describir su magnificencia? Allí estaba Dios, sobre el trono refulgente de su gloria, rodeado de toda muchedumbre de ángeles arcángeles, querubines y serafines, sin contar con los santos y santas. La corte celestial «au grand complet. No ví un solo neo.

Quedéme suspenso y confuso. Mucho debió influir en ello lo asombroso del espectáculo. Pero había otra causa que aumentaba considerablemente mi embarazo. ¿Qué debía yo hacer? ¿Cuál era allí el ceremonial? ¿Había que prosternarse? ¿Convendría adelantarse andando á gatas? ¿Se besaba el cerúleo pavimiento? Poco ducho en los usos de las cortes de por acá, mal podía estar al cabo de los estilos de una corte tan difícilmente accesible á los mortales mientras lo son.

La voz de mi acompañante me sacó de aquella turbación.

—Señor, decía el santo, hé aquí al mortal que ha pedido y obtenido audiencia.

Volvió hacia mí Altísimo su rostro impreso de sublime majestad. ¡Mal año para las creaciones más pretenciosas y celebradas del arte humano! ¡Qué Moisés de Miguel Angel! ¡Qué Júpiter de Fidias, aquel de quien aseguraron los helenos, esos andaluces de la antigüedad, que hacía la dicha de cuantos le miraban! Como lo infinito á lo limitado, como la eternidad al minuto, así excedía la expresión de su semblante á todo cuanto jamás retrató el lienzo, labró el cincel ó soñó el genio.

—Señor, osé decir á mi vez; he solicitado el honor de ser presentado á Vuestra Santidad...

Apea el tratamiento, me apuntó San Pedro al oido.

—A Vuestra Majestad...

—Apea.

—A Vuestra Alteza, á Vuestra Eminencia, á Vuestra Excelencia, á Usía Ilustrísima.

—Apea, hombre, apea.

Comprendí entonces que las grandezas terrenas no cuadraban á aquellas alturas, adoptando el tono llano propio de la situación.

—Pues bien, seguí diciendo, he querido hablarte, no para investigar el arcano de la realidad, los hondos misterios de la vida, el por qué de las cosas, el motivo de la creación, el origen y el destino del hombre...

San Pedro no pudo contenerse.

—¡Infame charlatán!, exclamó lleno de cólera. Bien se conoce la tierra de donde procedes. ¡Pues no se entretiene ahora á contarnos todo aquello para lo que no ha venido! Dí á lo que vienes, maldito de cocer, y acaba de reventar, Dios me perdone.

—España, señor, continué, España, mi amada patria, se encuentra en situación bien crítica. Ha permitido tu providencia, cuyos designios yo no he de excrutar, que los yanquis nos diesen una gran paliza. Desde entonces todo es allí azoramiento y confusión. ¿Somos un pueblo vivo ó muerto? ¿Estamos ó no llamados á desaparecer? ¿Cumple á los designios providenciales que la raza latina, agotados sus grandes destinos, sucumba ante otras recién llegadas á la historia? ¿Cuáles son las causas de nuestra ruina y decadencia? ¿Cuáles sus remedios, si los tienen? Y las teorías suceden á las teorías, las recetas á las recetas, de modo y manera que aquello es una verdadera olla de grillos y no hay ya forma de entenderse.

Como nada se me contestaba proseguí diciendo:

—Señor, los curas afirman...

San Pedro me interrumpió con un codazo.

—No hables aquí de curas, me dijo secamente.

Quedéme absorto. ¡No hablar de curas en el cielo! ¿Por qué? Sin atreverme á sondear aquel misterio, proseguí rectificándome.

—Los devotos aseguran que todas nuestras desdichas son efecto de tu cólera. Dicen que nos castigas por herejes, liberales, masones, impíos, por haber dado oidos al espíritu del siglo y renegado de nuestra tradición sacrosanta. Y así dan como remedio el volver a lo pasado, restaurar la Inquisición y la ronda de pan y huevo, juzgando que de esta suerte tornará España á ser lo que fué en aquellos benditos tiempos en que el sol no se ponía en sus dominios y en que, paladines de la fe, íbamos los españoles de nación en nación y de un continente en otro, imponiniendo el bautismo á los incrédulos y rompiéndoselo á los creyentes.

Callé. Siguióse un momento de silencio solemne, no turbado ni por el aleteo de un querube. Luego, con aquella misma voz que, en el origen de las cosas, sacó al mundo de la nada, Dios habló de este modo.

—Si en vez de interrogar textos escritos y viejas tradiciones buscaran los hombres la expresión de mi voluntad en el texto vivo de la creación, nunca incurrirían en tamaños desvarios. ¿Desandan los astros sus órbitas? ¿Vuelven los ríos á sus fuentes? ¿Regresan á la infancia los adultos? ¿Deshacen su labor los hechos? ¿Se repite el tiempo?

Só o vuelve atrás lo que caduca, lo que se extingue, lo que muere. El astro difunto se desmorona en pedazos. Un mundo que ha agotado sus energías se resuelve de nuevo en la materia cósmica que la originaria. El cadáver se descompone en sus elementos constitutivos. Que no digan tus conciudadanos que quieren retroceder en la historia: que digan que quieren morir.

¡Qué ceguedad!, añadió después de una pausa. No solo en la realidad nada vivo se deshace y retrograda; nada siquiera se estaciona, nada se detiene. Lo estático es tan solo una ilusión de vuestros sentidos obtusos. El tosco bloque de piedra ó de metal está incesantemente estremeciéndose, titilando, respondiendo con sus latidos á todos los cambios de la atmósfera, á todas las solicitaciones del medio. En el macizo sólido, de inerte apariencia, los átomos, mundos en miniatura, se atraen ó se repelen, se acercan ó se alejan, circulan y trazan sus órbitas como los astros en el cielo. El espacio infinito es el teatro de un inmenso pulular de estrellas que se agitan sin reposo como veis agitarse los granos de polvo á través de un rayo de sol. Vuestro cuerpo vive mediante un cambio, mediante una circulación incesante de energías cuya detención es la muerte. Vuestro espíritu es un verdadero torbellino de ideas, de propósitos, de efectos, de pasiones, es un constante mudar. Ese mismo cambio perdurable de sentimientos, de costumbres, de ideales, de intereses alimenta la vida social. La historia humana ¿qué otra cosa es sino la corriente siempre renovada y nunca interrumpida de las generaciones que pasan arrastrando consigo sueños, creencias, sistemas é instituciones? «Nunca nos bañamos dos veces en un mismo rio», dijo ya hace miles de años un filósofo. ¡Y vuestros reaccionarios pretenden detener la vida y parar el tiempo! Pretenden más. Pretenden tomar á una nación en vilo, remontar con ella cuesta arriba el curso de la historia, hasta plantarla, inmóvil y estática, en el siglo de sus preferencias. ¿Se dan cuenta esos hombres de lo que intentan? ¿Ignoran que yo mismo, con ser omnipotente, no puedo hacer que deje de ser lo qué ha sido?

La voz del Sr. se había ido levantando gradualmente hasta adquirir las sonoridades del trueno. Luego, con acento más tranquilo, añadió:

—Vé, vé y diles en mi nombre á esos insensatos que renuncien á su locura. España se salvará, sí, obedeciendo la ley de la vida, aprendiendo la eterna lección de las cosas, marcha confiada, valerosamente hacia el porvenir. Que apriete el paso, como cumple hacerlo á los rezagados de la historia. A medida que vaya ascendiendo por la senda de la luz verá más claros mi voluntad y sus destinos.

Calló Dios y comprendí que la audiencia había terminado. Acompañóme también San Pedro á mi regreso, más irritado y más gruñón que nunca.

—¡Si lo tenía pronosticado!, iba murmurando entre dientes ¡Sí no podía ser otra cosa! Este impertinente ha venido á excitar la cólera del Señor con sus enredos y sus chismes. ¡Bonito se va á poner el cielo si dan en la flor de dejar entrada libre á semejantes pécoras!

Y al cerrar detrás de mí las puertas de la mansión bienaventurada, el irrascible apóstol me dió tan fuerte empellón que no paré hasta dar con los huesos en mi propia cama.

ALFREDO CALDERÓN.

(Vida Nueva)

CORREO DE HOY

Últimos Telegramas

Congreso

Madrid 6, 5'15 t.

Se ha leido en el Congreso el acta de la anterior, siendo aprobada sin protesta.

El Sr. Blasco Ibáñez pide la palabra. (Rumores.)

Dice:

«Señores diputados: voy á hacer una proposición. He sabido que los nuevos ministros, al tomar posesión de sus cargos, dijeron que en sus respectivos ministerios tenía que decirse una misa.

(Grandes risas y murmullos).

Por lo tanto propongo que en el Congreso se rece un rosario.

Los conservadores y silvelistas protestan.

Se produce en el Congreso un formidable escándalo.

El Sr. Silvela, algo risueño, lee el decreto de suspensión de las sesiones.

El Sr. Blasco Ibáñez, grita: ¡Abajo los reaccionarios!

El Sr. Moral de Calatrava: ¡Viva el rey!

La minoría republicana: ¡Viva la República!

El Sr. Salmerón pide la palabra.

El presidente. No hay palabras.

Los conservadores, al ver que se levanta el señor Salmerón gritan: ¡Plancha! ¡Plancha!

El Sr. Salmerón: ¡Viva la soberanía nacional!

El Sr. Junoy y otros republicanos gritan: ¡Mueran los reaccionarios!

Los fusionistas han permanecido impasibles.

Mientras duraba el tumulto, el señor Blasco Ibáñez increpó duramente á los conservadores.

Dirigiéndose al ministro de la Guerra, le ha dicho gritando:

—General Polavieja, acuérdese su señoría de Rizal, acuérdese de Rizal.

El ministro, visiblemente contrariado, dirigió su mirada á los bancos de la minoría en busca de quién había pronunciado dichas frases.

Senado

Madrid 6, 5'15 t.

En la Alta Cámara ha comenzado la sesión á las 2'50 de la tarde bajo la presidencia del Sr. Martínez del Campo.

En el banco azul había todos los ministros, vestidos de uniforme, menos el Sr. Durán y Bas.

Aprobada el acta de la sesión anterior, ha pedido la palabra el conde de las Almenas.

El presidente: ¿Su señoría desea hacer alguna consideración acerca del acta que acaba de ser aprobada?

El conde de las Almenas:

No señor, pero he de hacer algunas manifestaciones relativas á diferentes asuntos tratados en las anteriores sesiones.

El presidente: No puedo consentirlo.

El Sr. Silvela sube á la tribuna y el conde de las Almenas, á grandes gritos exclama:

—Es necesario que se atienda mi súplica.

Escandalera en la Cámara; el vocerío es horrible.

A duras penas pueden oirse las palabras del presidente del Consejo.

Este, esforzando la voz, trata de leer el decreto de suspensión de las sesiones.

El conde de las Almenas:

Es que, señores senadores, hay que decirlo todo... (Escándolo fenomenal).

El presidente: ¡Orden! ¡Orden! Señor conde de las Almenas, llamo al orden por primera vez á S. S.

La agitación va en aumento.

Por fin el Sr. Silvela logra dar lectura al decreto de suspensión de las sesiones.

Se oyen muchos vivas á la libertad y á democracia.

El conde de las Almenas: ¡Viva el ejército! ¡Viva la marina!

Llegada del «Cheribón»

Grao de Valencia 4, 4'30 t.

Acaba de llegar el vapor «Cheribón»; trayendo los batallones de «Lerma» y «Luchana».

Había alguna alarma por la tardanza de esto buque.

Procede el «Cheribón» de Cienfuegos, habiendo hecho la travesía en veintiocho dias.

Desde las islas Azores tuvo que capear el temporal.

Han fallecido durante la travesía dos repatriados.

Canallada de los yanquis

Valencia 4, 9'12 n.

Al anochecer ha terminado el desembarque de los repatriados que han venido á bordo del «Cheribón».

Hablan de los imponentes temporales sufridos y refieren las tristes escenas desarrolladas á bordo.

La expedición viene en buen estado. Consta de 930 repatriados, nueve de ellos enfermos y otros dos graves.

Durante la travesía han fallecido dos soldados: Enrique Sánchez Yago y German Fernandez Barrachina, éste de Tarragona.

El jefe de la expedición es el coronel D. Eusebio Boix.

A bordo del «Cheribón» nació un niño, hijo del guerrillero Arjona.

Cuentan los repatriados que al salir de Cienfuegos leyeron en un enorme cartelón que los yanquis fijaron en el puerto, el siguiente letrero:

«¡A puntapiés!»

Indudablemente los canallas querían significar el modo como nos han arrojado de la Gran Antilla.

Madrid 7, 9'17 m.

Dícese que se ha ofrecido la embajada de España en Londres al duque de Tamames, quien se ha negado á aceptar el referido puesto.

Anoche visitó al presidente del Consejo de ministros una comisión de oficiales de voluntarios y guerrilleros, para pedirle que se les fije una situación definitiva en el ejército.

«Valladolid».—El meeting celebrado en el Teatro de Calderón ha estado muy concurrido. Han asistido al mismo gran número de representantes de las Cámaras de Comercio y sociedades mercantiles y se han pronunciado varios discursos, los cuales han sido aplaudidos, distinguiéndose el del Sr. Paraiso, quien dijo que ó el gobierno acepta su programa ó se cumplirá por la fuerza.

Madrid 7, 9'21 m.

«Cádiz».—El bergantin italiano «Marte» ha encallado frente á Rota, logrando salvarle un vapor de la misma nacionalidad.

El vapor francés «Augusto Conceil» ha sufrido algunas averías que le han obligado á entrar en este puerto.

Madrid 7, 9'45 m.

La «Gaceta» publica los decretos en virtud de los cuales se admite la dimisión de los individuos del anterior gabinete y se nombra á los actuales ministros y alto personal.

Créese que el actual gobierno creará un nuevo ministerio de Agricultura.

El ministro de la Gobernación estudiará por sí mismo la Memoria referente á las denuncias relativas á abusos de la Diputación provincial de Madrid.

Telegrafían desde Nueva York que se considera probable que Inglaterra conceda á los Estados Unidos el privilegio de usar de las estaciones navales británicas en caso de guerra.

Madrid 7, 12 n.

Los ministros de la Gobernación y de Hacienda han estado esta mañana en Palacio para despachar con S. M. la Reina.

Han sido firmados los siguientes nombramientos.

Fiscal del Tribunal Supremo de Justicia, D. Salvador Viada y Vilaseca; Director general de los registros de la propiedad y del notariado, D. Bienvenido Oliver; Director de la Compañía arrendataria de tabacos, D José de Cárdenas; fiscal del Tribunal de lo contencioso, señor Diaz Macuso; fiscal del tribunal de Cuentas, D. Antonio Comin; subsecretario del ministerio de Gracia y Justicia, marqués de Vadillo; Director de Aduanas, D. Juan Blas Sitjes, Director de lo contencioso, D. Federico Arrazola, y Director general de comunicaciones, D. Antonio Hernandez.

Madrid 7.

El ministro de la Gobernación estudiará por sí mismo la Memoria referente á las denuncias relativas á abusos de la Diputación provincial de Madrid.

Telegrafían desde Nueva York, que se considera probable que Inglaterra conceda á los Estados Unidos el privilegio de usar de las estaciones navales británicas en caso de guerra.

—El gobierno ha recomendado á los gobernadores civiles que salgan con urgencia para sus respectivas provincias.

En lo que resta de semana tomarán todos ellos posesión de sus respectivos destinos.

—Ha aceptado ya su designación de Alcalde de Madrid el marqués de Aguilar de Campóo.

El márqués de Aguilar de Cámpoo es un antiguo conservador, senador vitalicio, de gran posición social, de mucha cultura, singularmente en cuestiones económicas, y de tanta firmeza como rectitud de carácter.

—Es prematuro cuando se diga respecto á la creación de un nuevo ministerio de Agricultura, Industria y Comercio.

París, 6, 8'5 n.

Nueva York.—Los periódicos publican un telegrama de Manila en el que se dice que los filipinos intentaron anoche apoderarse de los depósitos de agua de la ciudad y que hubo grandes pérdidas en el combate motivado por dicho ataque.

Washington.—El general Otis ha terminado sus preparativos para emprender un ataque general destinado á dispersar en todas direcciones á los insurrectos que asedian á Manila.

Los filipinos han repetido esta mañana el ataque contra las fuerzas que defienden los depósitos de las aguas.

Paris 7, 11'40 n.

Manila.—Segun noticias de origen norte-americano, ha habido última mente algunas escaramuzas, en las que los norte-americanos han tenido uno ó dos heridos y los filipinos 30 muertos y muchos heridos.

Han regresado de Malolos los comisionados españoles enviados á Aguinaldo. Dícese que este pide 7.000.000 de dollars para poner en libertad á los prisioneros españoles, mientras que dichos comisionados ofrecen dos millones.

MAHÓN

Nuestro paisano, el antiguo é inteligente empleado de la Dirección de Aduanas, D. Juan B. Sitjes que han respetado por sus grandes conocimientos en el Ramo, todas las situaciones políticas, ha sido nombrado Director general. El Sr. Sitjes fué á París como agregado á la Comisión de la Paz, y ha sido condecorado con la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Felicitámosle por ambas distinciones.

Poco más de las diez de esta mañana ha atracado á su fondeadero el vapor correo «Menorquín», procedente de Barcelona y Alcudia, con la correspondencia, 26 pasajeros y variada carga.

En un telegrama de Madrid, leemos:

«Se asegura que el Gobierno proyecta la supresión de cuatro Universidades y de algunos institutos de segunda enseñanza.

Es probable que se establezcan nuevos conventos.»

¡Consecuencia lógica de los tiempos presentes!

De «La Unión Republicana» de Palma correspondiente al día de ayer:

Nuevas Autoridades

«Para el cargo de Gobernador Civil de esta Provincia ha sido nombrado D. Lorenzo Muñoz y González, y para el de Alcalde se indica al actual Regidor Sr. Abrines, porque ni el señor Sbert, ni el señor Font, ni el señor Sureda quieren serlo.

A nosotros nos tiene todo muy sin cuidado.»

Y á nosotros también, caro colega.

Leemos en los periódicos recibidos por el correo de hoy, que en Madrid, Valencia, Barcelona, La Coruña, Zaragoza, Granada y otros puntos, han tenido lugar manifestaciones de repatriados, todas con el fin de reclamar del Gobierno el pronto pago de sus alcances.

Tambien vemos que en Palma tratan de celebrar una manifestacion el día 15 del actual, si antes de dicho día no han percibido las cantidades que se les adeudan.

¡Bien por los repatriados!

Llamamos la atención de los contribuyentes de que mañana es el último día que podrán hacer efectivas sus cuotas sin recargo, los que se descuiden sufrirán un 5 por ciento de recargo de mi primer grado.

Con que no descuidarse.

Esta mañana se ha reunido el Ayuntamiento en sesion de segunda convocatoria, para celebrar la sesión ordinaria que debia tener lugar el martes último. Mañana daremos un extracto de los acuerdos adoptados.

Por lo visto el Contralmirante señor Cámara que manda la escuadra de instrucción, no ha admitido la cartera de ministro del ramo que le ofreció Silvela, por cuanto vemos por un telegrama que publica un diario de Palma, haberse posesionado de dicho cargo el Sr. Gómez Imáz.

Relación de los pasajeros llegados ayer á bordo del vapor-correo «Menorquín»:

DE BARCELONA

D.ª Juana Jimenez, Antonio Gual, Gaspar Quintana, Francisco Martó, Teresa Orfila, Agueda Flaquer, Francisca Flaquer, Juan Guardiola, Francisco Bertrand, Andrés Coranti, Juan León y Emilia Mendoza, Antonio Gallinat, Sebastián Camps, un individuo de tropa, Pablo Reoyo y Antono Cots.

DE ALCUDIA

D Bernardo Roig, Cosme Cuberta, Jaime Mairata, María Villafañes, Lorenzo Ferrer, Juan Costas, Tomás Berenguer, Andrés Perelló, Juan Grau.—Total 26.

Administración de consumos de Mahón

Habiendo dado principio el día 1.° del actual, la cobranza voluntaria del 3.° y 4.° trimestre del reparto del extra-rádio del actual año económico de 1898 á 99, se avisa por medio del presente á los contribuyentes del mismo, que esta permanecerá abierta desde dicho día, hasta el día 30 del próximo mes de Abril, los que en el indicado plazo dejen de hacer efectivas sus respectivas cuotas serán conminados con el de apremio, con arreglo á las vigentes disposiciones. —Mahón 8 Marzo de 1899.—El Administrador, Andrés Canent.

Crónica marítima

CAPITANÍA DE PUERTO

Buques entrados

Día 9

De Barcelona y Alcudia v. c. «Menorquín», cap. D. T. Ginart, con 24 trips. 27 pasg., efectos y la correspondencia.

Sección Telegráfica

(SERVICIO PARTICULAR)

Madrid 9, 11 m.

Telegrafian del Japón que han ocurrido en aquellas islas grandes y repetidos terremotos.

Asegúrase que D. Carlos ha ordenado á sus partidarios que no acudan á las luchas electorales.

Los Gobernadores recién nombrados para las provincias de Córdoba y Baleares rechazarán dichos cargos.

Banco de Mahón

COTIZACIONES LOCALES

	Din.	Pap.
Industrial Mahonesa	00'00	85'00
Banco de Mahón	34'00	37'00
Eléctrica Mahonesa	00'00	40'00
Soc. gen. Alumbrado	101'00	104'00
Marítima	70'00	80'00
Maquinista Naval	00'00	100'00
Oblig. municipales	65'00	73'00

Cotización Oficial

Madrid 8 Marzo, 4'00 t.

4 % interior	61'20
— exterior	70'50
Amortizable	72'10
Cubas 1886.	63'50
— 1890.	54 90
Banco España	406'00
Tabacalera	255'00
París á la vista	27'80 á 00'00
Lóndres id.	32'23 á 00'00
Aduanas	00'00
Filipinas	00'00

Telegrama de «La Marítima»

Palma 9, 7 m.

«Ciudad Mahón» fondeado sin novedad á las seis.—Cabot.

1899

Hoja del Calendario para mañana

Marzo 10 Viernes

S. Melitón y comps. mártires y San Victor.

Sale el sol á las 6'41.—Pónese á las 5'5.

Luna: Sale 4'20 M.—Pónese 2'56 T.

SECCION LITERARIA

Los hijos de la condesa

Después de almorzar solíamos reunirnos en un café de la plaza de Antón Martin una porcion de amigos, entre los cuales estaba el doctor Sánchez Alcántara, que comenzaba á gozar de justa fama por su sabiduría, amabilidad y buen trato para cuidar niños, pues había dedicado sus estudios y su laboriosidad á conocer los remedios para combatir las enfermedades que amenazan al hombre en sus primeros años.

Una tarde en que, como de costumbre, nos hallábamos en el café escuchando entre sorbo y sorbo las agudezas de Perico, bohemio á quien todos queríamos mucho y que siempre tenía dispuesto un chiste ó una desvergüenza para quien no fuera su amigo, se acercó á la mesa el camarero, acompañado de una mujer desgreñada y harapienta, que dirigiéndose á Sánchez Alcántara, le dijo:

—Señor doctor, vengo de su casa, donde me han indicado que aquí le encontraría. Tengo un niño que se muere, y desearía que usted lo viera. No poseo dinero con que pagarle su visita, pero como sé que usted quiere mucho á los pequeñitos, me he atrevido á venir.

—Ha hecho usted bien en buscarme—contestó el doctor,—y, ahora mismo vamos á ver á su hijo. ¿Quiere alguno acompañarme?

Yo me ofrecí á ello, y precedidos de la mujer salimos del establecimiento y atravesamos algunas calles hasta llegar á una en el fondo de Lavapiés. Entramos en una casa de pobrísimo aspecto, atravesamos un patio sucio y mal oliente, comenzando á subir una penosa escalera que nos condujo al último piso del edificio. La mujer levantó un picaporte, que la miseria no necesita llaves que la guarden, y entramos en una habitación, que más parecía desván donde se arrinconan trastes viejos que albergue de seres humanos.

Las baldosas del pavimento rotas y desiguales; el techo abuhardillado, con un ventanuco en el centro, por donde entraba el aire y la lluvia, y que en aquel momento apenas si dejaba filtrar una tenue claridad al través del trozo de periódico que lo cubria.

Un baúl viejo, una pequeña mesa de pino con tres patas, dos sillas con resto de pajas en el asiento, y en un ángulo un jergón «tísico», constituian todo el ajuar de aquella vivienda.

En una de las sillas estaba sentado, en el momento de entrar nosotros, un hombre joven, falto del brazo derecho y con todos los signos característicos de la idiotez en el semblante; sobre el jergón, un perro de aguas, blanco, con las lanas sucias, largas y enmarañadas, extendía su cuerpo; abrazado á él con la cabecita sobre el cuerpo del animal, un niño de siete ú ocho años dormía con las piernas encogidas, dejando ver su semblante cubierto de cadavérica palidez.

La mujer trató de despertar al chico, diciéndole á grandes voces.

—Tonio, Toñico, que está aquí el médico.

El niño continuó en la misma posición; el idiota movió la cabeza de un lado á otro, yo permanecí en el centro del cuarto, y Sánchez Alcántara puso una rodilla en tierra para examinar al niño é incorporarse á los pocos momentos, diciendo:

—Es demasiado tarde; el niño está muerto.

La mujer comenzó á llorar, el tonto á reir y nosotros, sin atrevernos á marchar, seguimos con interés el desarrollo de aquella escena.

Cuando tratamos de separar el cadaver del lado del perro, nos costó gran trabajo, pues el chicuelo, en las convulsiones de la muerte, había cruzado las manos por debajo del cuerpo del animal, como queriendo llevarse á su único amigo, al que había compartido con él la miseria y el hambre.

Cuando la mujer se tranquilizó un poco, Sánchez Alcántara sacó dos duros y se los entregó, diciéndole que él pagaría los gastos del entierro y que no se afligiese, pues aunque la muerte de un hijo es siempre dolorosa, donde no abundan los recursos para cuidar á los enfermos, vale más que mueran pronto.

—Tonio no era hijo mío—contestó la mujer;—mi hijo es ese otro, y entre el pequeño y yo lo manteníamos.

Ese niño lo encontré una mañana en la calle liado en un mantel y en vez de dar parte, lo recogí, llevándole á mi casa; para partir entre él y Bastián lo que yo ganaba revolviendo montones de basura al amanecer y lavando el resto del día. Siempre creí que Tonio haría mi felicidad, porque el mantel en que venía envuelto era muy bueno y tenía en el centro una corona y unas letras bordadas; pero hasta ahora nunca he oido hablar dél niño, ni nadie vino á preguntar por él, por más que yo conté la historia á todo el mundo.

Cuando el chico, que era muy listo, fué un poquito mayor, le enseñé á pedir limosna, y con sus piernecitas torcidas, su cara bonita y esos ojos azules tan hermosos, inspiraba mucha lástima y ganaba tres ó cuatro pesetas todos los días. Una noche trajo escondido entre los pliegues de la blusa un perro recien nacido que había encontrado, como yo le encontré á él, en medio del arroyo, y cuando quise tirar el animal á la calle, lo defendió como una fiera.

El lo crió; el perro nunca se separó de su lado, y ustedes han visto como ha muerto abrazado á «Leal».

Después de esto nos señaló el mantel de que había hablado y nosotros nos despedimos, ofreciendo volver al día siguiente para asistir al entierro del pobre Tonio, ofrecimiento que cumplimos llevándolo al límite, pues vimos cubrir la caja de tierra; y cuando al salir del cementerio volvimos la vista atrás, diciendo adiós para siempre á aquel infortunado, observamos que el perro escarbaba en la tumba de su amo para acostarse allí y morir sobre la fosa de aquel raquítico ser á quien debia la existencia.

* * *

Después de contar y comentar mucho en el café la historia de Tonio, concluimos por olvidar al niño y al perro, por más que yo conserve siempre grabadas en la memoria las escenas de la guardilla y el camposanto.

Habian pasado meses, y aún creo que años, cuando una tarde reuníme con Sánchez Alcántara para juntos ir á visitar á la condesa de Fuentefría, á quien habíamos tenido el honor de ser presentados la noche antes.

Nos recibió la noble dama con la cortesía y el agrado que le era peculiar, coincidiendo nuestra estancia en el palacio con el anuncio de la llegada del vizconde, hijo único de la Fuentefría, que regresaba de Alemania, donde había estado en un colegio desde que tenía siete años.

La escena que presencié entónces llenó mi alma de tristeza. Después de pedir permiso, entró en la habitación un jóven de 20 á 22 años, que saludó á la condesa en la misma forma que podría hacerlo un extraño que la hubiera visto el dia anterior, limitándose élla á darle un beso en la frente y decirle que estaba muy alto y muy guapo.

Hacía 13 ó 14 años que no se veian la madre y el hijo, y, sin embargo, en ninguno de los dos observé la emoción propia del caso, ni un arranque de cariño y sentimiento, ni nada, en fin, que pudiese hacer sospechar que entre aquellos dos seres existian lazos tan íntimos, ni que aquel jóven correcto y elegante llevaba en las venas la sangre de la condesa, que seguia hablando con la misma frivolidad y la misma indiferencia que en otro cualquier momento de la vida.

Para solemnizar la llegada del vizconde, su madre invitó á comer á todos los que nos encontrábamos allí, y que nos despedimos para volver á las ocho de la noche y asistir á la fiesta de familia que iba á celebrarse.

Cuando al cabo de algunas horas volví á entrar en aquel suntuoso palacio, aun no se había extinguido en mi el recuerdo penoso de la visita de aquella tarde.

Fueron llegando los invitados, hasta completar el número de veinte, y un criado se asomó á la puerta del salón para pronunciar las frases de rigor:

—La señora condesa está servida.

Cada uno dimos el brazo á una señora, y nos dirigimos al comedor.

Sin saber por qué, desde que penetramos allí no pude apartar la vista de las cifras grabadas en las bandejas de plata que ornamentaban las paredes del comedor, y algo como un vago recuerdo empezó á despertarse en mi imaginación, sin que yo pudiera darme cuenta del por qué de tal fenómeno.

La comida fué ceremoniosa, asemejandose más á un banquete diplomático que á una fiesta de familia, puesto que el hijo cuya vuelta se festejaba no era allí otra cosa que un invitado más.

Al servirse los postres quitaron un magnífico centro de plata, que dejó al descubierto la marca del mantel, y en este momento un rayo de luz hirió mi memoria, haciendo que en ella viese reproducida la muerte del niño contrahecho á cuyo entierro asistí con Sánchez Alcántara.

El mantel que cubría la mesa en que acabábamos de comer era exactamente igual al que nos enseñó la lavandera, y que había servido de envoltorio para arrojar al arroyo á un pobre ser, hijo de unos amores infames.

Al salir de aquella casa, con el corazón oprimido, comuniqué á mi amigo el doctor las observaciones que había hecho, y comparando la existencia del desventurado Tonio con el recibimiento que vi hacerle al heredero de una fortuna y varios títulos, no pude menos de exclamar:

—Estas mujeres son dignas de tener brillantes y riquezas que halaguen su vanidad, pero son indignas de tener hijos. La Providencia debía hacerlas estériles.

El Barón de Sttoff.

Imprenta de Bernardo Fábregues.